

Le tenlan por esclavo,
Y una mujer, que tambien
Con ella habian hecho un trato
De que se ha de confesar
Veinte veces en el año,
Y que al tiempo que comulgue
Se ha de retirar á un lado,
Y se ha de sacar la Forma,
Y cogiéndola en un paño
Se la entregue á los judios
Dentro del mismo palacio,
Dándola por cada una
Cien escudos de contado.
Sucedió que esta mujer,
El partido ya aceptado,
Confesando falsamente
Corrió el tiempo de dos años;
Mas Dios, harto de sufrir,
Por medio de aqueste esclavo
Quiso fuese descubierto
Este perverso fracaso:
Y fué, que yendo la inicua
El día que va citado
De la santa Eucarnacion,
Tras ella se fué el esclavo,
Y entrando en el santo templo
La vido estar confesando,
Dándose golpes de pecho,
Mil lágrimas derramando
Con malditas intenciones,
Fingiéndose dos mil engaños.
Fué despues á recibir
Aquel sacramento sacro
De la santa Eucaristia,
Misterio el mas elevado.
Apénas llegó la hora
Que el sacerdote la ha dado
De la santa Comunión
Aquel sagrado bocado
Que tanto conforta el alma,
Ha reparado el esclavo
Que con grande disimulo
Ella se retiró á un lado,
Y que sacando el pañuelo
Al punto lo ha desdoblado,
Y en él arrojó la Forma,
De aquellos malditos labios;
Y revolviendo el pañuelo
Con un tiento moderado,
Se lo ha metido en el pecho,
Y del templo se ha marchado.
Segunda vez detras de ella
Volvió á seguirla el esclavo;
Y apénas esta maldita
Puso los piés en el cuarto
Donde estaban los judios,
De esta suerte los ha hablado:
— Ya, señores, está aquí
Aquel Dios de los cristianos,
Que, como las demas veces,
Tambien ahora lo traigo.—
Respondieron todos juntos:
— ¡Gran día es el que esperamos!
Los cien escudos, señora,
Damos por bien empleados.—
Ella, cogiendo el dinero,
La Forma les ha entregado
A aquellos lobos hambrientos
Que la estaban esperando
Para hacer el judaismo
Que otras veces han usado;
Y en otra segunda parte
Se dará fin á este caso.

(Los siete Judios, etc. Pliego suelto.)

1526.

LOS SIETE JUDIOS DE ROMA. —II.

(Anónimo.)

El esclavo, que está viendo
Todo lo que está pasando,
El corazon en el pecho
Se le quiere hacer pedazos.
Quiere salir, y no puede,
A dar cuenta de este caso,
Porque las puertas al punto
De palacio las cerraron;
Y como fieros leones
Las espadas han sacado
Para á la sagrada Forma
Hacerla dos mil pedazos.
Mas ¡ay Dios, con qué dolor
Podré, Señor, explicarlo!
¡El corazon se me parte
Solo de considerarlo,
Que los judios con Dios
Hayan hecho tal estrago!
Y viendo que no podian
Hacer lo que han intentado,
Porque la Forma está entera,
Por mas golpes que la han dado,
Sin que le falte ni un pico,
A un horno se la han llevado,
Y arrojándola en el fuego
Se hubo el horno apagado,
Quedando la santa Forma
Mas hermosa que el sol claro.
Se miran unos á otros,
Y como perros rabiando
Segunda vez acometen
Con las espadas en mano,
Dando golpes en la Forma
Hasta quedarse cansados;
Y vertiendo mucha sangre
Se hubo la Forma quedado,
Por ver si se reducian
En ver milagro tan claro;
Mas tienen los corazones
Como el acero labrado,
Mas duro que el pedernal;
Y de cólera irritados,
En lugar de convertirse,
Le mandaron al esclavo
Ponga una caldera de agua
A hervir con mucho cuidado;
Mas quiso Dios que no hubiera
Agua dentro del palacio,
Que fué menester salir
A cogerla de unos caños.
Entonces tuvo lugar
De dar cuenta, el buen esclavo,
De lo que hacen con Dios
Los malditos de sus amos.
No creyendo la justicia
Lo que este hombre ha informado,
Lo dejaron en prisiones,
Y muy bien asegurado,
Por si acaso sale incierto
Todo cuanto habia contado.
Marchó al punto la justicia:
Mas de doscientos soldados
A bayoneta calada
Cercaron todo el palacio:
Pillaron á todos siete,
Que estaban ejecutando
La mayor atrocidad
Que han oido los cristianos,
Pues tenían un gran bufete
En que habian colocado
Cuarenta Formas, que estaban
Como estrellas relumbrando,
Y ellos con unos puñales
En ellas estaban dando,
Y cuantos mas golpes daban

Mas hermosas han quedado.
Entra dentro la justicia,
Y al punto que los cercaron
Maniatan á todos siete
Y á la cárcel los llevaron
De la santa Inquisicion,
Donde á tres días pasados
Los sacaron á la plaza
Y al punto los han echado
En un horroroso incendio,
Donde murieron quemados
Por no querer confesar
La ley del Crucificado.
Luego prenden la mujer,
Y declaró todo el caso,
Y en la gran plaza de Roma
La justicia ha decretado
Que la quitasen la vida
Para escarmiento de cuantos
Judios hubiera en Roma.
Porque no hagan otro tanto.
La justicia mandó al punto

Vaya un religioso santo,
A que recoja las Formas
Y las conduzca al Sagrario.
En el cuarto donde estaban
Una capilla han fundado,
Por no tener fin ni cuento
Lo que Dios en ella ha obrado;
Y para mayor grandeza
Ha puesto en ella el retrato
De la pura Concepcion,
Y concedió el Padre Santo
Infinitas indulgencias
A todo aquel fiel cristiano
Que rece un Ave-Maria
Delante de este retrato.
Consideremos pues todos
Este portentoso caso
Que Dios ha obrado con estos
Que se fingen ser cristianos,
Descubriendo sus maldades
Cuando están mas descuidados.

(Los siete Judios, etc. Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES QUE TRATAN DE VALENTÍAS,
GUAPEZAS Y DESAFUEROS.

1527.

DOÑA VICTORIA ACEVEDO.

(Anónimo.)

Detente, pluma, y repara
Que antes de tomar el pliego
Debo pedir que ilumine
A mi rudo entendimiento,
Como rendido suplico
Y humildemente le ruego,
Al increado Señor,
Criador del universo,
Y á la Virgen soberana,
Madre del divino Verbo,
Quien todas mis potencias,
Para escribir con acierto
El caso mas horroroso,
Mas atroz y mas tremendo
Que ejecutar ha podido
De una mujer el denuedo.
En la ciudad de Almería,
Que es un retrato del cielo,
Se crió ¡bravo prodigio!
Doña Victoria Acevedo,
Hija de muy nobles padres,
Tan hermosa, que no puedo
Pintarla, porque me faltan
Expresiones para hacerlo,
Y seria ofender sus gracias
Fiarlas á mi talento;
Y así tengo por mejor
Dejarlo todo al silencio.
En declarar á su padre
No es preciso detenernos:
Basta decir que su nombre
Es Don Antonio Acevedo.
Llegó esta niña á tener
Tres lustros, y en el momento
El mismo Dios del amor
Dos flechas le tiró al pecho
Por mano del mas galán
Y pulido caballero,
Mas prudente y mas afable
Que hay en todo el universo:
Don Florencio de Granada
Se llama ese caballero.
Requebrábase de amores
Con grandísimos extremos,

En este tiempo su padre
Le busca á la niña dueño:
Ella lo resiste, y dice
Que todavia no es tiempo.
Viendo que el padre porfia,
Sin saberlo Don Florencio,
Porque está ausente en el campo,
Hizo á un papel mensajero,
Y le cuenta lo que pasa
En tan peligroso aprieto.
No llegó el papel á manos
De este noble caballero
Por el término citado;
Y llegado el plazo puesto,
Por fuerza se desposó
Con muy grande sentimiento.
El mismo día, descuidado,
Se presentó Don Florencio,
Y sabiendo su desdicha
Quejas exhalaba al viento,
Y suspiros daba al aire:
Todo era tristes lamentos.
En esto Doña Victoria,
Que iba á gozar de Himenco
Con su esposo, se metió
En la cama un fuerte acero,
Y cogiendo á su marido
Dormido en el primer sueño,
Sacó la daga veloz,
Y le cercenó el pescuezo.
Saltó de la cama abajo,
Púsose un vestido nuevo
Del ya defunto, llevando
Las dos pistolas del muerto
Para su defensa y guarda;
Cubrióse de un ferreruelo,
Partió en casa de su amante,
Pregunta por Don Florencio,
Este se levantó al punto,
Y así que la vió, en el cuello
Le echo los brazos gozoso,
No sabiendo lo que ha hecho.
Viéndola en la mano sangre,
Le pregunta: — ¿Qué es aquesto? —
Ella le responde: — El hombre
Que mi marido le hicieron,
Muerto queda, y así importa
Nos marchemos al momento;

Tuya soy, guárdame ahora,
Que yo por tí hice este arresto.—
Parten por la calle abajo;
Llegó la ronda diciendo:
—¿Quién va aquí al Corregidor?—
Y ellos con mucho denuedo
Echaron mano á las armas,
Y tal cuidado tuvieron,
Que mataron dos ministros
Y al Corregidor hirieron.
A Don Florencio lo cogen,
Y en la cárcel lo metieron,
Ella se escapó entre todos,
Y en el campo busca puerto.
Metióse en un bosque oculta,
Y encontró diez bandoleros;
Viendo estos que tenía
Disposición el mancebo,
En la cuadrilla lo acogen,
Tomándole juramento;
Y á pocos días, mirando
Sus valerosos arrestos,
La eligen por capitán
Estos fuertes cuadrilleros;
Y estando comiendo un día,
Brindando á su buen acierto,
Dijo ella:—A mí me importa
Que esta noche con silencio
Entremos en la ciudad,
Y de la cárcel saquemos
Un preso de gran valor
Y que corre mucho riesgo.—
Todos dijeron al punto:
—Vamos pues sin detenernos.—
Tendió la noche su manto,
Parten todos al momento,
Entraron en la ciudad,
Van á la cárcel lijeros,
Llegan y á la puerta llaman,
Y respondió el carcelero:
—¿Quién es, que á estas horas llama?
—Abra al Corregidor presto.
—Ya voy, señor, y perdone
El que haya andado grosero.—
Abrió, y entró la cuadrilla,
Pidiéndole al carcelero
Las llaves de las prisiones,
De calabozos y cepos;
Dan con Don Florencio: entonces
Doña Victoria le ha puesto
Una pistola en la mano,
Y le ha dicho:—Compañero,
Ya estás libre, y con nosotros
Emplearás tus esfuerzos.—
Todos los presos se huyen,
También huyó el carcelero,
Dejando la cárcel sola,
Y sin acompañamiento:
La cuadrilla se va al monte,
Y con ella Don Florencio.
Querer de los dos amantes
Decir los muchos extremos
Que hicieron con la alegría,
Era menester mil pliegos;
Pero todo mi auditorio
Me suplirá este defecto.
Por este suceso andaba
La ciudad con grande estruendo
Discurriendo de qué modo
Prenderán á Don Florencio;
Pero todo ha sido en balde,
Porque lo guarda su aliento.
En este tiempo la dama,
Viendo le aprieta su dueño
Por gozar de su hermosura,
Dijo:—Sin que nos casemos
Será imposible, y tú trata
Poner á tu gusto freno,
Que tiempo vendrá que goces

De tu pasión el deseo —
Viendo la resolución
De la dama, formó empeño
En satisfacer su gusto
Por bien ó mal; para ello
Les contó lo que pasaba
A dos de sus compañeros,
Rogándoles le ayudaran
Para salir con su empeño.
Ella, que siempre tenía
Cinco ó seis armas de fuego,
Sin apartarlas de sí
Aunque estuviere durmiendo,
Por cierto aviso que tuvo
De uno de los compañeros,
Receló alguna traición
De su amante Don Florencio,
Y así se fingió dormida;
Y los tres con gran silencio
A la media noche entraron
Adonde tenía su lecho,
Y viendo se le acercaba
El traidor ya sin respeto,
Le disparó una pistola,
Y le abrió puerta en el pecho
Por donde salió su alma
Bien de prisa á los infiernos.
Los otros dos por infames
La misma pena sufrieron,
Y montando en un caballo
La valerosa Acevedo,
Huyó de allí, porque estaba
Ya descubierto su sexo.
En el camino encontró
Tres jitanos, que quisieron
Robarle lo que llevaba,
Y ella, con un valor fiero
Poniendo mano á sus armas,
A todos tres dejó muertos.
Viendo esta dama que ya
Sus delitos van creciendo,
Y que no puede volver
A su casa, por los deudos
Del primer marido suyo
Que la buscan muy resueltos
Para quitarle la vida
Por el delito tan feo
De asesinarle en la cama;
Y agregándose á esto luego
Los cometidos después
Entre los diez bandoleros,
Discurrió que lo mejor
Sería en un regimiento
Tomar plaza de soldado
Con otro nombre supuesto,
Para vivir de este modo
Segura de todo riesgo.
Con efecto, sentó plaza
Siguiendo su pensamiento,
Y todos los capitanes
Cuando vieron el aspecto
Del recluta, pretendían
En su compañía tenerlo;
Pero el Coronel dispuso
Que el capitán Don Anselmo
De Torres se lo llevase,
Que era un valiente sujeto.
Entró en esta compañía,
Donde estuvo mes y medio,
De su capitán querido
Y de la fatiga exento,
Pues así se lo mandó
El Capitán al Sargento;
Y tanto se aficionó
A este jóven, Don Anselmo,
Que llegó á dudar si acaso
Pertenece al bello sexo.
Con estas dudas un día
Lo ha llamado á su aposento,

V le ha dicho que es preciso
Satisfacer su deseo,
Porque si fuese mujer
Espera gozar su cielo:
Ella lo negó, y él
Trató de reconocerlo.
Entonces, viendo que ya
Se descubría el secreto,
Y que por mas persuasiones
Que le hacía, no había medio,
Cogió la espada del mismo
Capitán, y con resuelto
Valor le dió una estocada
Que cayó en el suelo muerto.
Con el mayor disimulo
Salió y cerró el aposento;
Tomó el camino, y se fué
A refugiarse á un convento
De San Francisco, que estaba
Léjos de allí en un desierto,
Pretendiendo le admitieran
Para religioso lego.
Allí estuvo algunos días,
Y arrepentida en extremo
De su mala vida, quiso
Confesar sus muchos yerros,
Para que Dios la perdona
Sus terribles desaciertos.
Con el Padre Guardian
Se confesó por extenso,
Con lágrimas de dolor
Y grande arrepentimiento,
Y le pidió la pusierra
En una cueva, en que siendo
Ejemplo de penitentes
Acabase con acierto
Los días que le quedaban,
Para merecer el cielo.
Como lo pidió lo hizo
El Guardian, y escogiendo
Una de las muchas cuevas
Que tenía aquel desierto,
La puso en ella, y allí
Acabó con tanto ejemplo
Su vida, que llegó á ser
De anacoretas modelo.

(Doña Victoria de Acevedo, Pliego suelto.)

1528.

DOÑA JOSEFA RAMIREZ. — 1.
(De Pedro de Fuentes.)

A la que es Madre del Verbo,
María, Señora nuestra,
Le pido humilde y postrado
Me dé gracia con que pueda
Referir á mi auditorio
La mas infanta tragedia
Y el afortunado caso
Que sucedió á una doncella;
Atencion, que ya comienzo.
En la ciudad de Valencia
Nació de muy nobles padres
La hermosa Doña Josefa:
Con muy buenos documentos
Crióse aquesta Minerva,
Que Pálas le tuvo envidia
Por lo sabia y lo discreta;
Vénus se quedó afrentada
Solo al mirar su belleza.
Apénas cumplió esta niña
Diez y ocho primaveras,
Muchos señores la rondan
Sus celosías y puertas,
Y entre tantos pretendientes
La adoraba muy de veras
El principal caballero,
Don Pedro de Valenzuela.

Al fin le escribió un billete,
Y con reuidas ofertas
Le dió parte de su amor:
La dama, como discreta,
Con otro le corresponde
A su pretension atenta,
Diciendo: «Señor Don Pedro,
»Yo estimo vuestras finezas:
»Ya sabeis cómo en mi casa
»Soy la única heredera;
»Hallo imposible, señor,
»De que mis padres consientan
»Que yo con usted me case;
»Mas esta noche en la reja
»De mi jardín os aguardo
»A eso de las once y media.
»Dios os guarde, caballero.—
»Quien mas te estima y venera,
»Doña Josefa Ramirez,
»Una humilde esclava vuestra.»
Con esto cerró el billete,
Y á un paje con diligencia
Le mandó que le llevase;
El cual fué con gran presteza
Y á Don Pedro se lo dió
En propia mano, y le besa.
Rompió la neta y leyó
Lo que ya expresado queda,
Deseando que la noche
Tendiese el manto de estrellas.
Llegó la citada hora,
Y pronto se halló en la reja;
Hizo una seña, y salió
Aquella diosa Minerva,
Aquella estrella de Vénus
Tan bizarra como honesta.
Saludáronse corteses,
Y entre los dos hacen cuenta
Que una noche la sacase,
Cuando en estas diferencias
Le acometen dos traidores
A Don Pedro con violencia.
Dos estocadas le dieron
Por la espalda, mas tan recias,
Que las heridas crueles
Hasta el pecho le penetran,
Y como un leon herido
Sacó la espada, y con ella
A los dos acometió;
Pero poco le aprovecha,
Que ellos se escapan huyendo,
Y el triste jóven dió en tierra,
Diciendo:—Difunto soy,
Perdóname, amada prenda.—
A esta voz que oyó la dama,
Cayó amortecida en tierra.
Volviendo en sí del letargo,
Decía de esta manera:
—¿Qué es esto que me sucede!
¿Cielo, qué desgracia es esta!
¿Qué he de hacer, ay de mi triste!
¿Oh fortuna tan adversa!
¿En dónde hallaré yo alivio
A tanto tropel de penas?
Ya no tendré yo sosiego
Hasta que de cierto sepa
Quién fueron los alevosos
Que con tan grande inclemencia
A Don Pedro dieron muerte.—
Toda en lágrimas deshecha,
Jura que se ha de vengar
A pesar de las estrellas.
Se retiró á su aposento
Como una leona fiera;
Se despoja de su ropa,
Tomando capa y montera
Y un rico colete de ante,
Calzon de la misma pieza,
Zapatos á lo moruno,

Y rica media de seda;
Una charpa de pistolas,
Tambien su espada y rodela,
Y un trabuco, que pendiente
De su cintura lo lleva.
Luego partió á un contador,
Y sacó de una gaveta
Hasta doscientos doblones,
Y se ausentó de Valencia.
Entre unos montes se oculta,
Y de noche daba vuelta;
Iba á las casas de juego,
Donde todo se conversa.
Jugando estaba una noche,
Y otros señores con ella:
Sin saber con quién hablaban
Del caso le dieron cuenta.
Dicen:—¿Con que Don Leonardo
Y Don Gaspar de Contreras
Salieron con gran sigilo
De la ciudad de Valencia?—
Doña Josefa responde:
—¿Pues qué ocasion les molesta
A esos nobles caballeros
Para salir de sus tierras?
Quizás irán á algun pleito
De alguna de sus haciendas;
Que quien tiene mayorazgos
Nunca le faltan quimeras.
—¿No es mal pleito el que les siguen!
Ellos dieron por respuesta,
Pues son los que dieron muerte
A Don Pedro Valenzuela.—
Disimulando su enojo,
Respondió con gran reserva:
—¿Mucha fuerza se me hace;
Mas no es posible que crea
Que esos nobles caballeros
Hiciesen accion como esa,
Que fué una accion muy villana,
Y les asiste en sus venas
Sangre noble, y esto basta!
Sabed que hay quien le defiende,
Y eso no se puede hablar
Sino por cosa muy cierta.
—Sabed que es mucha verdad
Lo que os digo, y si no fuera,
Nada me importa el decirlo.—
Mas ella con gran cautela
Respondió:—Dios los asista:
¿Y adónde el viaje llevan?—
Y ellos mismos le informaron,
Que iban hácia Cartagena.
Salió del juego diciendo:
—¿Buena suerte ha estado esta!
Ya tendrá mi pena alivio
Si se me logra la idea.—
Y montando en un caballo
Que al céfiro puso rienda,
A Cartagena marchaba
Con muy pronta diligencia.
Llegó una tarde feliz,
A eso de las dos y media,
Y en un meson se acogió,
Y dijo á la mesonera:
—Cuideme de ese caballo,
Que yo presto doy la vuelta.—
Y sin desarmarse fué
A la playa, por si encuentra
Algunos de sus paisanos,
Que verlos tanto desea.
No los pudo descubrir,
Y hácia el meson dió la vuelta,
Y á la patrona le dijo
Le previniese la cena,
Y que le hiciese la cama
En una cuadra que tenga
Las ventanas á la calle,
Sin darle á entender su idea.

Apénas anoheció,
Pronta se puso á la reja
De la ventana, escuchando
Cuanto en la calle conversan.
Oyó decir á unos hombres
Aquestas palabras mesmas:
—Para mañana á la noche
Tengo una funcion muy regia
En casa Don Juan Mancilla,
Porque en su casa se hospedan
Dos famosos caballeros
Naturales de Valencia,
Y quiere regocijarlos,
Y ha de hacer una comedia
Y otros muchos entremeses,
Mas no quiere que se sepa,
Porque en Valencia mataron
A un hombre de grandes prendas.—
¿Tente, hombre, no prosigas,
Calla ya tu infame lengua,
Que no sabes quién te escucha;
Porque si bien lo supieras,
No dieras cuenta á tu amigo!
¿Oh cuánto mas nos valiera
Muchas veces el callar;
Que el que no habla no yerra!
Seneca muy bien lo explica,
Que es una de sus sentencias.
Ya satisfecha del caso
Se quedó Doña Josefa,
Y apénas amaneció
Hizo vivas diligencias
Por descubrirlos, y al fin
En la playa los encuentra.
Cuando los tuvo presentes,
Les dice de esta manera:
—¿Me conocéis, caballeros?
Sabed soy Doña Josefa,
Aquella á quien agraviasteis
En la ciudad de Valencia;
Vengo á tomar la venganza
Por Don Pedro Valenzuela;
Que habiendo muerto á mi amante,
Poco importa que yo muera.—
Sacan luego las espadas,
Y á la batalla se aprestan,
Y á dos idas y venidas
Le alcanzó Doña Josefa
Al valiente Don Leonardo
Una estocada tan recia,
Que lo pasó por el pecho,
Dando con él en la tierra.
Esto que vió Don Gaspar,
Cerró con Doña Josefa;
Mas poco le aprovechó,
Porque ella con gran destreza
Le quitó de la cintura
Una almarada, y con ella
Lo pasó por el costado,
Y á ambos difuntos los deja.
Se alborotó la ciudad,
Y acudió con gran presteza
El señor Gobernador
Para llevársela presa.
Mas ella con arrogancia,
Dijo:—Sepa Vuescencia,
Que mi espada á nadie teme,
Aunque un ejército venga.—
Dijo, y chocando con ellos,
A uno toma y á otro deja;
Tres ministros les mató,
Y en medio de esta refriega
Se le ha quebrado la espada;
Echó mano con presteza
Al trabuco que tenía,
Y á barrer la calle empieza.
Tan buena traza se daba
A disparar, que se lleva
Dos ó tres de cada tiro,

Y la calle le franquean,
Con que llegó á refugiarse
Dentro de la misma iglesia
Del seráfico Francisco,
Adonde á curarse queda
Dos balazos, pues llevaba
Muy mal herida una pierna.
Buena ya de su accidente,
Pidió á los Padres licencia
Para salir del convento,
Y mandó que le trajeran
El caballo que tenía
En un meson de allí cerca.
Fué un donado y se lo trajó,
Y agradeció la fineza:
Sin ser de nadie sentida
Se salió de Cartagena.
Y ahora Pedro de Fuentes
A aquesta parte primera
Da fin, que en la otra segunda
Dará noticias enteras
De en lo que vino á parar
La hermosa Doña Josefa.

(Doña Josefa Ramirez, Pliego suelto.)

1529.

DOÑA JOSEFA RAMIREZ. — II.
(De Pedro de Fuentes.)

Ya dije cómo salió
Amparada del silencio
De Cartagena una noche,
Llena de mil pensamientos,
Doña Josefa Ramirez,
Y marchando para el reino
De Cataluña, una tarde
Al encuentro le salieron
Siete bandidos; mas ella
Los reconoció al momento.
Del caballo se desmonta,
De aquesta suerte diciendo:
—Apartarse del camino,
Presto, quitarse de enmedio,
Porque quitaré la vida
Al que fuere desatento.—
Esto dijo, y disparó
Con tan bellísimo acierto
El trabuco, que se lleva
De un tiro los tres primeros,
Que los cogió perfilados;
Y los otros, que esto vieron,
Se pusieron en campaña;
Mas la dama con esfuerzo
Sin chispa de cobardia
Hizóse fuerte con ellos.
De los siete mató cinco,
Y los otros dos buyeron
Ya con heridas de muerte,
Mas no les valió por eso,
Que ella arrogante les sigue,
Y de merced le pidieron
Les otorgase las vidas.
Metió la mano en su pecho,
Dice:—Para estar segura
Quitar estorbos de en medio;—
Y al soplo de una pistola
A entrambos los dejó muertos;
Y montando en su caballo,
Como quien nada habia hecho,
Llegó en fin á Barcelona,
En donde supo de cierto
Que ya la andaba buscando
Su padre con grande anhelo.
Al instante determina
Vender su caballo luego,
Y embarcarse para Roma,
Sin reparar en los riesgos
Que pueden sobrevenirle,

Como adelante verémos.
Al fin se embarcó en las ondas
Del salado mar soberbio;
Mas fué su suerte tan mala,
Que á los dos dias se viero
De corsarios argelinos
Infelices prisioneros.
Desembarcaron en tierra,
Y á pregones los vendieron,
Y compró á Doña Josefa
En un moderado precio
Un renegado muy rico,
Hombre de grande respeto.
Preguntóle á su cautivo
Por su nombre, y al momento
Respondió:—Pedro me llamo,
Señor, al servicio vuestro.
—¿En qué oficio te ocupabas?
—El oficio que yo tengo
Es, señor, maestro de arma.
—¿En buen oficio por cierto
Te ejercitabas, cristiano!
Mas daros otro pretendo.
¿Vos no sabéis escribir?
—Algo entiendo tambien de
No con toda perfeccion
Porque usado no lo tengo.—
Viendo su disposicion,
Le entregó todo el manejo
De su casa, y al instante
Mandó su amo á los negros
Que tenia, le enseñasen
La arábica lengua, y ellos
Lo pusieron por la obra,
Y la aprendió en breve tiempo
Tan buenas cuentas le daba
A su amo, y tan contento
Lo tenia, que no sabe
Qué hacerse con su escudero
En este tiempo la mora,
Mujer de su amo mesmo,
A Don Pedro regalaba
Y hacia algunos cortejos.
Y un dia que fué su amo
A caza con los monteros
Lo llamó y le dijo á solas:
—Cristiano, yo por ti muero,
Yo no duermo ni descanso,
En mí no cabe sosiego,
Y si merezco la dicha
De que premies mis afectos,
Te prometo que serás
El dueño de aqueste pueblo.—
Por no descubrir su falta,
Con muy buenos documentos
Don Pedro la disuadia
De aquesta suerte diciendo:
—Mirad que soy vuestro esclavo,
Y que si no tengo hierros,
Esa es merced que me hizo
Mi amo, por ser tan bueno;
Y pues de mí se ha fiado,
Hacerle ofensa no quiero;
Y así, señora, dejadme,
Y no toqueis mas en esto.—
Viendo la mora el desaire
Que el cristiano le habia hecho,
Jura por el gran Mahoma,
Que ha de vengar su desprecio.
Apénas entró su esposo,
Le salió al recebimiento
Aquella falsa enemiga,
Le hechó los brazos al cuello,
Y con un llanto fingido
Le dijo:—Poned remedio
En vuestra casa, señor,
Porque el mayordomo vuestro
Quiso atrevido ofenderte:
Muy lascivo y deshonesto

A mi aposentó se arroja;
Trajo en la mano este acero
De un puñal, con amenazas
Quería lograr su intento;
Mas yo como una leona
Me levanté de mi lecho,
Se lo quité de la mano;
Miradle, que aquí lo tengo.—
Salió afuera el renegado
Enfurecido y soberbio,
Y á sus criados les manda
Que pusiesen á Don Pedro
En una oscura mazmorra
Y lo cargasen de hierro,
Y que no le diesen agua,
Tampoco mantenimiento,
Para que allí se muriese,
Pagando su atrevimiento.
Un moro piadoso estaba
Compadecido de verlo,
Y á escondidas de su amo
Le llevaba el alimento,
Y también le daba el agua
Con cariñosos afectos:
Que entre los infieles hay
También nobles pensamientos.
Y al cabo de cinco dias,
Por ver si se había muerto,
Dió la vuelta el renegado;
Y viendo vivo á Don Pedro,
Con furia toma un cordel
Para azotarle soberbio;
Y al tiempo de descargarle
Le dijo:— Señor, tenéos,
Y advertid que es testimonio
Por lo que estoy padeciendo.
Yo soy mujer, no soy hombre.—
Y para prueba de aquesto
Un pecho le manifiesta,
Y él dice:— Basta con eso.—
De la prision la sacó
Dándole abrazos muy tiernos;
Le dice:— Cristiana amiga,
Dadme parte del suceso.
—Yo, señor, os lo diré
Sin faltar un punto á ello.
Apénas fuistes al campo,
Mi ama declaró su intento;
Yo, señor, la disuadia
Dándole buenos consejos,
Mas no pude convencerla:
Viendo no había remedio,
Le volví, señor, la espalda,
Y me vine á mi aposento;
Y por aquesta ocasion
Hizo, señor, juramento
De tomar de mi venganza,
Como vos lo estáis ya viendo.—
Mandó al punto el renegado
Que la prendan, y al momento
Ejecutan el mandato
De su amo, y la metieron
En una oscura mazmorra,
Mientras se prendía el fuego.
Llena una tina de aceite
Mandó pusiesen al fuego,
Y así, al instante que hirvió,
A Abecelida trajeron,
Y amarrada á una columna,
Se lo echaron por el cuerpo.
Mandó apartasen la tina,
Y que la arrojen al fuego,
Donde pereció la mora,
Pagando su atrevimiento.
Al cabo de pocos dias,
Con felices pensamientos
Ha llamado el renegado
A aquel hermoso portento
De Doña Josefa, y ella

Acudió luego al momento:
— Vos, señor, qué me mandais?
— Venios á mi aposento
Y á solas os lo diré,
Que es de importancia el secreto.
Ya sabeis, Doña Josefa,
La voluntad que yo os tengo,
Y solo de vos me fio
Para descubrir mi pecho.
Pretendo pasar á Roma
A ser de mi culpa absuelto,
Y despues recogeréme
En un sagrado convento.
Tú te pasarás á España,
Que ya prevenidos tengo
Dos mil doblones, los cuales
Entre los dos partiremos.
Mira que te vas mañana,
Pues se halla en este pueblo
Un tratante mercader,
A quien pagado le tengo
Tu viaje, y con él vas
Segura de muchos riesgos.
El va á parar á Alicante,
De España famoso puerto.—
La entregó los mil doblones
Atados en un lenzuolo;
Se fué á recoger su ropa
Y joyas de mucho precio:
Mandó el amo la llevasen
Al navio, así lo hicieron.
Embarcóse el renegado,
A Alicante se vivieron;
Tiernamente se despiden,
Y con sus grandes deseos
Para Roma se embarcó,
Siéndole feliz el viento.
En breve tiempo llegó
A Roma, y con gran contento
Pasó á ver su Santidad;
Parte le dió del suceso,
Y confesando sus culpas
Con grande arrepentimiento,
En un convento se acoge
Donde llorando sus yerros
Hizo grandes penitencias
Para merecer el cielo.
Pero volvamos ahora
A la dama, que al momento
En Alicante compró
Un caballo que á los vientos
Imitaba en su carrera,
Por lo veloz y lijero.
Pasó á Valencia, y en ella
Entró con mucho secreto.
Se ha informado de sus padres,
Y supo que estaban buenos,
Y á la noche determina
El ir disfrazada á verlos;
Y á eso de las oraciones
Ensiló el caballo, y luego
Montó en él, y fué á su casa:
A abrirle salió un buen viejo,
Y ella cortés le pregunta,
Destocándose el sombrero:
— ¿Vive aquí el señor Don Juan
Ramirez y Marmolejo?
— Si, señor, le respondió:—
Y entónces entró ella dentro.
Se sentaron lado á lado,
Y dijo:— Sabed por cierto
Que vuestra hija, señor,
Hoy se halla en este pueblo:
Tres años y medio ha estado
Metida en un cautiverio,
Sirviendo, no como esclava,
Porque era absoluto dueño
De la casa de su amo,
Y al cabo de aqueste tiempo

Le ha dado la libertad
Y gran porcion de dinero.—
Don Juan, que atento escuchaba
Las razones del mancebo,
Al oírle se enternece
Y lloraba sin consuelo.
¡Ay hija de mis entrañas!
¡Oh, si permitiera el cielo
Que yo la viesse en mi casa,
Mis congojas fueran ménos!—
La madre por otro lado
Haciase al sentimiento;
Del asiento se levanta
Y arrodillada en el suelo
Dijo: Cese vuestro llanto,
Que á vuestra hija estáis viendo;
Y ahora, padre y señor,
Perdonad mi grave yerro,
Y lo que pretendo es
Meterme en un monasterio.—
Pusieronlo así por la obra
Y se ha entrado en un convento
De religiosas franciscas,
Donde vivió dando ejemplo.

(Doña Josefa Ramirez, Pliego suelto.)

1530.

ESPINELA.

(Anónimo.)

El sol detenga sus rayos,
Y la luna su luz bella;
Cadaque el mar con sus olas,
Y estremézcase la tierra;
Paren los cuatro elementos
En su rutilante esfera,
Pues de mí no están seguros
Hasta los siete planetas.
Oigan pues con atencion
De una mujer la fiereza,
De una vibora el veneno,
Y de una sierpe lo adversa.
Yo nací dentro de Ronda,
Y llevándome á la iglesia,
En el sagrado bautismo
Me pusieron Espinela,
Siendo pues en mis principios
Tan altiva y tan soberbia,
Que ninguno me la hacia
Que con ella se me fuera.
Mis padres con mucho amor
Me pusieron á la escuela,
Y en breve tiempo aprendí
A leer y escribir, que es ciencia
Para una mujer bastante,
Si bien se aprovecha de ella.
Apénas tuve tres lustros,
Cuando la parca sangrienta
Quitó á mis padres la vida,
Quedándome tan resuelta,
Que de mi furor temblaban
Muchos en la ciudad mesma.
Aprendí á jugar las armas
Con tal valor y destreza,
Que á pocos dias sali,
Como el maestro, maestra.
Y la causa de mi vida
Tan abominable y fea
La diré, porque es muy justo
Que todo el mundo lo sepa.
Vivia junto á mi casa,
De lindo cuerpo y presencia,
Un hijo de un caballero
Llamado Fabian Herrera:
Gustaba mucho de hablarme
Y que le correspondiera;
Mas, como dice el adagio,
Las burlas vienen á veras.

Robóme su amor el alma,
Y yo, viéndome sin ella,
Le dije si me quería
Por esposa; y la respuesta
Que me dió fué: no igualarle
En calidad ni en hacienda,
Y que me fuese con Dios
A mi casa, en hora buena,
Que ya tenia su gusto
En dama de mas nobleza.
Obedecí su mandato,
Y cual leona sangrienta
Troqué el amor en rigores,
Y en veneno las finezas.
Entré en mi casa furiosa,
Aguardando que viniera
La noche, para vengar
De mi enojo la soberbia.
Me puse un calzon de ante,
Con una media de seda,
Y un colete de mi padre,
Que Dios en la gloria tenga;
Y armada de punta en blanco
Tomé la espada y rodela,
Y con una carabina
Bajé veloz á la puerta.
Vile que estaba en la calle
Hablando por una reja
Con cierta dama, y llegando
Le dije de esta manera:
— ¡Infame sin atenciones!
¿Cómo atrevido desprecias
El honor de mi linaje,
Sabiendo que soy tan buena
Como cuantas puede haber?
Y así yo vengo resuelta
A que me quites la vida,
O á quedar bien satisfecha.
Ea, cobarde. ¿á qué aguardas?—
Y el mozo puesto en defensa
Se defendía bizarro;
Pero poco le aprovecha,
Que con cuatro ó cinco heridas
Cayó mortal en la tierra.
Alborotóse la dama
Al ver su esperanza muerta;
Pero de un carabinazo
Cayó como una cordera.
Vino al punto la justicia;
Mas yo como una saeta
Me salí bien prevenida
A la ciudad de Antequera.
Este fué el primer motivo
Para dejar á mi tierra,
Para olvidar á mi patria,
Tan poderosa y amena.
Llegué á la ilustre Granada,
Fértil pais de Amaltea,
Donde estuve algunos dias
Gozando la primavera.
Dejé mi nombre y me puse
Raimundo, por Espinela,
Siendo pues por mi valor
Respetada donde quiera.
Senté plaza de soldado,
Y en el presidio de Ceuta
Estuve catorce meses
En la militante escuela.
Y un dia de San Francisco,
No sé sobre qué pendencia,
Quitó la vida á un paisano;
Mas fué mi suerte tan buena,
Y mi dicha, que no quiso
Que nadie me descubriera.
Pocos dias se pasaron,
Cuando la fortuna adversa
Me condujo en un barquillo
A la ciudad de Marbella,
Con un capitán que iba

A ver su casa y hacienda.
Desembarquéme, y estando
Una tarde en la alameda
Divertida con el juego
De trucos, en una mesa,
No me acuerdo sobre qué
Se movió una escaracela,
Que eran seis contra mi sola:
Aquí me obligó la fuerza
De la razón, á sacar
Los instrumentos de guerra,
Y á las primeras mudanzas
Cayeron los tres en tierra,
Y los demas escaparon,
Que, si no, lo mismo fuera.
Llegué á Málaga, y un día
Estando en la calle Nueva
Con un mercader llegó,
Que el diablo todo lo enreda,
Un ministro, y me pregunta,
Que de qué paraje era.
Respondile: — ¿Qué le importa? —
Y sobre aquesta pendencia
Me dijo que me pondría
En un cepo de cabeza.
Alcé la mano furiosa,
Y en mitad de la molera
Le di un golpe, y se quedó
Bailando la pataleta.
A cuyo tiempo llegó,
La justicia, y me amonesta
Que me entregue á la prision
Por voluntad ó por fuerza.
Dijele que no queria,
Y sacando mi vihuela,
Comenzámos á danzar
Una jácara de cuenta.
Di la muerte á un alguacil
Porque atrevido se arresta
A prenderme, pero fué
En vano su diligencia;
Y á un escribano tambien
Le alcancé con violencia
Una estocada, y tomó
El suelo por cabezera.
En verdad que no pensé
Salir bien de esta refriega,
Si no es por un extremeño
Que compasivo se llega
A guardarme las espaldas;
Y yo de cólera ciega,
A cuál derribo, á cuál mato,
Y finalmente hice puerta
Para escaparme y salir
Con tres heridas pequeñas.
El valeroso Alejandro
Me siguió, y en una cueva
Pasámos aquella noche,
Y ántes que el alba viniera
Nos llevaba un barquichuelo
Al puerto de Solobreaña.
Corrimos las Alpujarras,
Y en la villa de Alcolea
Nos hallámos sin dinero
Ni cosa que lo valiera.
Entrámos en una casa,
Y á una señora de prendas,
Con una industria muy rara,
La quitámos en moneda
Hasta cuatro mil ducados,
¡Que no fué muy mala presa!
Campámos algunos dias
Haciendo tantas vilezas,
Que todo nuestro cuidado
Era espulgar faldriqueras.
A Cartagena volvímos,
Y á una pobre tabernera
La quitámos cien ducados,
Dejándola medio muerta.

Llegámos á Montegica,
Y en lo alto de la sierra
Hallámos á un sacerdote
Que pasaba en una yegua
Caballero, y lo metimos
En lo áspero de una breña;
Al tiempo de registrarle
Compasivo se lamenta,
Diciendo: — No me mateis,
Amigos, que yo quisiera
Traer á vuestro servicio
De este mundo la riqueza:
Veis aquí dos mil ducados. —
Y en pago de su fineza
Lo dejámos maniatado
Sin alguna resistencia.
En el monte de Archidona
Cogimos una calesa
Con un caballero noble
Y una señora discreta;
Lleguéme á él y le dije:
— Baje usted al punto á tierra,
Que quiero que me confiese
El oro y plata que lleva. —
Sacó al punto una pistola,
Para tirarme con ella,
Mas no quiso la fortuna
Que diese lumbre la piedra:
Y arrojándome atrevida,
Con inhumana fiereza
Le di cinco puñaladas,
Y la señora se queda,
Viendo la triste desgracia,
Mas pálida que la cera,
Que podrian sus suspiros
Ablandar las duras penas.
Enternecióme su llanto,
Y mi compañero llega
A despojarla, mas yo
Le dije que no lo hiciera;
Y volviendo al caballero,
Le hallámos en la maleta
Ochenta y cuatro doblones,
Con mas de ciento y cincuenta
Ducados en calderilla,
Con alguna plata entre ella.
Recogimoslo, y al punto,
Caminando á toda priesa,
Entrámos en el rio Gordo,
Y la justicia que llega,
Donde sin poder valernos
Nos aprisionan y cercan
En un meson, y entonces
Mi compañero intenta
Defenderse, mas no pudo
Porque el pecho le atraviesan.
Con el trabuco yo sola
Hice tanta resistencia,
Que para prenderme hubo
Muertos y heridos cincuenta.
Finalmente me apresaron,
Y maniatada me llevan
A la ciudad de Granada,
Donde la justicia recta
Castiga haciendo justicia,
Para que tomen enmienda.
Me sacaron á la vista,
Y yo puesta en la presencia
De tantos señores nobles
Que mandan, rigen, gobiernan,
Confesé todas mis culpas
Como referidas quedan,
Y postrada de rodillas
Les dije desta manera:
— Señores, yo soy mujer,
Y mi nombre es Espinela,
De esclarecido linaje. —
Con que la Sala se queda
Suspensa; mas luego al punto

Me leyeron la sentencia
De que pague en un garrote
Las cometidas ofensas.
Y pasados los tres dias,
A voz de pregon me llevan
Hasta la plaza Mayor,
Donde la muerte me espera.
Y ya puesta en el suplicio
Pidiendo al Señor clemencia,
Invoqué á la Virgen pura
Diciéndola: — ¡Sagra Reina,
Madre de misericordia,
Dulce y abogada nuestra!
Suplicadle á vuestro Hijo,
Que por su amor me conceda
El perdón de mis pecados... —
Esto dijo, y con violencia
Llegó la homicida parca,
Y el cuerpo sin alma queda.
Escarmentad, pecadores,
Mujeres, vivid alerta,
Que á quien anda en malos pasos,
Este es el fin que le espera.

(Espinela, Pliego suelto.)

1331.

FRANCISCO ESTÉBAN EL GUAPO, NATURAL DE LA CIUDAD
DE LUCENA. — I.

(Anónimo.)

Tiemble de mi nombre el mundo,
Y estremézcanse los vientos,
Atemoricese el orbe
Y los hombres mas soberbios;
Porque si digo quien soy,
Tengo formado concepto
Que no hay valiente ninguno
A quien yo no cause miedo.
No vale nada Benet,
Ni Corrales, ni Escobedo,
Ni Escábias, ni Pedro Gil,
Ni Gordillo, ni Juan Bueno,
Pedro Ponce, ni Carrasco,
Sebastian Gil, ni Cañero,
Ni ménos Martin Muñoz,
Porque, aunque valientes fuéron,
A vista de mis arrojos
Sus hechos se oscurecieron.
Pero ¿para qué me canso,
Si soy tigre en lo soberbio,
Si león en valentia,
Y una fiera en lo sangriento?
Francisco Estéban me llamo,
Y arrogante considero
Que tendrán todos bastante
Para ver que todo es cierto.
En la ciudad de Lucena,
Cuyos timbres van de aumento
Por su clima y por sus hijos,
Dándoles Ceres sustento,
Dándoles Marte valor
Y Minerva lucimiento:
En esta noble ciudad
Nací de padres gallegos,
Y porque me ejercitase,
A un oficio me pusieron;
Mas el maestro me dió
Una zurra por travieso,
Y le apedreé la puerta
Saliéndome al punto huyendo;
Y en la ciudad de Jaen
Me dieron plaza en un tercio.
A Cataluña pasé
A mi Monarca sirviendo,
Donde tomando las armas
Hice tan notables hechos,
Que alcancé á muy pocos dias
El empleo de sargento.

Lo servi unos once meses,
Y sobre dos que se huyeron
Me ultrajó mi capitán
Adonde todos lo oyeron:
Yo, que soberbio miraba
A cualquiera con desprecio,
Lo desafié una noche,
Y á dos cabos mandó luego
Me prendan, y á cuchilladas
Hice que fueran huyendo.
Pasé á Alicante, á ocasion
Que habian llegado al puerto
Las galeras de Cerdeña,
Y en ellas mi plaza siento,
Donde hallé muchos amigos
De Lucena, y con aliento
Pasámos á Cartagena,
Donde una noche, siguiendo
Los pasos de mi fortuna,
Con una mujer me encuentro,
Y un chiquillo de la mano,
Que me dijo: — Caballero,
Aqueste hombre me persigue,
Ponga usted á ello remedio. —
Dijele: — Señor hidalgo,
Tenga usted mas miramiento,
Y con las pobres mujeres
Nunca se pase á ser necio. —
Respondió que no queria,
Y que á mí ¿qué me iba en ello?
Mas con un tercerolazo
Le di la respuesta, á tiempo
Que la mujer por delante
Se puso, la paz pidiendo;
Y hombre, mujer y muchacho
De un tiro quedaron muertos.
Retiréme á mi galera,
Y despues por mi provecho
Di en tratante de tabaco:
Corri de Valencia el reino,
Y volviendo á Cartagena,
El Gobernador severo,
Viendo el fraude que yo hacia,
Me sale armado al encuentro,
Y entrándose en mi posada,
Me cogen y llevan preso.
Mas sucedió en mi favor
Hallarse allí Juan Romero,
Y como hijo de la patria,
Fué en los arneses tan diestro,
Que los guardas y alguaciles
Íban cual moscas huyendo.
Quedáronse los caballos
Y las cargas en empeño,
Porque me las embargó
El Gobernador, diciendo
Que ya que no me prendía,
Que me cortaba los vuelos.
Supe que en su casería,
De mulas habia un juego,
Que estaban dándolas verde;
Se las quité, y al momento
Le escribí que las tenia,
Para recobrar el precio
De los caballos y cargas;
Mas metióse en este empeño
El cuatralvo que se hallaba
En esta ocasion al puerto.
Me volvieron los caballos
Y luego un vale me hicieron.
A Málaga di la vuelta,
Y por ella me pasee;
Donde supe que campaba
Boca-Negra, y con aliento
Lo desafié una noche:
Salimos donde, riendo,
Quedó herido mi contrario,
Y quise dejar el duelo
Hasta que se hubo curado;